

## AGOSTO DEL 14: imaginario e ideología

Francesc Morató

Universitat de València

El 24 de Septiembre de 1914, Karl Vossler escribía a su amigo B. Croce:

Entre nosotros, se desenvuelve el más grandioso espectáculo del despertar de una nación de setenta millones, todos unidos sin excepción, desde el emperador al último de los pobres, se funden las ideas del socialismo moderno con aquellas antiguas del socialismo militar, se organizan colosales medidas de socorro, cada uno vive para todos, para la patria —y a todo eso en Italia se cierra los ojos, para abrir las orejas a las frases humanitarias y al falso sentimentalismo de los franceses.<sup>1</sup>

Por su parte, el 13 de Octubre, como respuesta a la pregunta: “¿Cree que el militarismo alemán se encuentre en antítesis con la civilización moderna e industrial?”, Croce manifestaba:

Lo considero todo como manifestaciones del estado de guerra. No se trata ya de posicionamientos racionales, sino de choques entre pasiones; no de soluciones lógicas, sino de afirmaciones interesadas que, aunque muy a tener en cuenta, son nacionales, es decir, particulares; no de razonamientos, sino de razonamientos fingidos, contruidos por la imaginación.<sup>2</sup>

Estos textos encierran no pocas de las razones que hacen aquella guerra tan opaca a nuestros ojos. Ciertos de ellos, de Max Weber o Thomas Mann, por poner dos ejemplos, nos producen una impresión análoga. Y no es que los historiadores mentalistas no hayan trabajado en el asunto.<sup>3</sup> Todos los motivos por ellos estudiados —lo *revolucionario* de la estrategia militar, la neurosis de guerra, la crisis del liberalismo, el aburrimiento dominical vespertino de tantos jóvenes urbanitas, la suspensión ideológica ante la urgencia de la defensa de la nación— todos ellos, digo, no parecen gozar de mucha actualidad, ni parece que puedan conectar con el presente. Y por si fuera poco, a esto hay que añadir cierta impresión de inutilidad en el balance definitivo, en tanto que acabado el conflicto —a excepción, claro está, de lo ocurrido en el viejo imperio de los zares— las aguas volvieron a su cauce, como si nada. Miremos, si no, lo ocurrido con la crisis del liberalismo darwiniano y egoísta. En este sentido, tenía razón T. H. Lawrence al decir aquello de “los viejos volvieron y nos arrebataron la victoria”. Algo similar debía también sentir J. M. Keynes cuando abandonó Versalles precipitadamente. A otros, como T. Mann, la guerra les cogió ya en la madurez y lo que, respecto a su potencial evolución, dice su biógrafo Hermann Kurzke, creo que ratifica alguna

<sup>1</sup> K. Volsser, *Carteggio Croce-Vossler 1899-1949*, Napoli, Bibliópolis, 1991.

<sup>2</sup> B. Croce, *L'Italia dal 1914 al 1918, pagine sulla guerra*, Bari, Laterza, 1965, pp. 24 y 14.

<sup>3</sup> Obras como las de Paul Fussell (*La gran guerra y la memoria moderna*, tr. es. Javier Alfaya, Barbara McShane y Javier Alfaya McShane, Turner, 2006), Eric J. Leed (*No man's land; Combat and identity in I World war*, Cambridge University Press, 1979) y George L. Mosse (*Reshaping the memories of the world wars*, Oxford University Press, 1990), constituyen excelentes ocasiones en que me apoyo.

de mis intuiciones: “En las *Consideraciones* había agotado su cántico contra la izquierda. Entretanto, se había puesto de manifiesto que aquel agudo filón se podía desenvainar con idéntica eficacia contra la derecha”. Este traspaso, por el momento sólo virtual, no iba a suponer ruptura alguna con la incisividad y, si se quiere, la impertinencia de las *Consideraciones*. Las orillas del moralismo y del esteticismo, no necesariamente contrapuestas, no dejarían de comunicarse, aunque el tejido resultante no careciese de costurones. Lo importante, sin embargo, es que persista la denuncia de la mecanización política, el aplastamiento por ésta de la moral; la defensa de lo individual, humanista y burgués, frente a la masificación populista, el humanitarismo y nacionalismo de los pequeños intereses, la mezquindad y la plutocracia.

Al principio, en Agosto del 14, los que acabarían por ser vencidos, más aún que sus adversarios, se caracterizan por ser una mezcla curiosa de información e idealismo desmedidos. Todo lo que a nivel histórico-político hubiesen podido haber aprendido del siglo XIX, se retiró a un discreto segundo plano. Los historiadores y los memorialistas, abundantísimos, nos lo cuentan cada uno a su manera. Pero no deja de ser sólo una cara del fenómeno. De hecho, si *Agosto* representa un ataque de entusiasmo, lo hacer sólo porque, también, dispone de una cantidad, casi aturdidora, de información. Se había probado de todo y de todo lo contrario: se había confiado en el pueblo y se le había retirado la confianza; ninguna ideología, dejando al margen sus respectivos aparatos de propaganda, podía estar segura de no haber acabado dando gato por liebre: un liberalismo que es imperialismo, un socialismo apenas deslindado de ciertas ilusiones estatistas y populistas; un estado prusiano que, nos guste o no, tomando como criterio la propia lógica instrumental del resto, había efectuado sus deberes de modernidad. A su manera, claro: se había industrializado, creado escuelas y asistencia social y, además, podía presumir de haberlo llevado a cabo sin renegar un ápice de los viejos valores del pasado: el honor, la camaradería, la protección estatal en la vejez y en la enfermedad. Cualquiera que sea su entusiasmo, los actores de Agosto tienen presente toda esta información, como no lo ha tenido ninguna generación posterior. Por eso resulta tan sintomático que renuncien a ella para convertirse en *prusianos*, estetas y moralistas unos y otros, como —mirado con sensatez— se creía desde hacía mucho tiempo que nadie volvería a hacerlo.

Con todo, aún hay algo más a tener en cuenta y es que, después del armisticio, se recuperasen los viejos fantasmas: la fe en la ciencia y el progreso, la bondad de la ideología propia, el desconocimiento u el olvido —otra vez— de que no son las ideas, ni las palabras las que mueven la historia, sino las voluntades humanas en su más estricta individualidad, sin descartar en absoluto que el grupo, el movimiento o el partido sean otras tantas formas de individualidad, de parcialidad. Eso hace que hayamos podido crecer generaciones enteras sin necesidad de echar cuentas con la Gran Guerra. Por ejemplo ¡cuán poco hemos reflexionado acerca de lo que *Agosto* supuso de derrumbe del tactismo y oportunismo diplomáticos! Falló todo: el “pacifismo” británico, la *finezza* italiana, las torpes maniobras del zar a última hora, frente a la *Hofburg* vienesa, reconociendo que los serbios bien merecían un castigo. Y sin embargo, no parece que se haya aprendido la lección. Quizás aún haya de pasar mucho tiempo hasta que se vuelvan a ver imprudencias y bravuconadas como las ejercidas por el *kaiser*, o la ingenuidad de los convencidos de que “por Navidad todos a casa”. Aun así ¡qué pocas son las pruebas de que las escuelas diplomáticas de todo el mundo hayan modificado su plan de acción basado en el despiste o ignorancia del adversario, combinados con la propia habilidad! ¡Qué pocos los que hasta hoy se hayan dado cuenta de la pérdida

de vigencia del estado-nación!

Con todo, pocas veces se ha hablado tanto de la relaciones entre moral y política como entonces. Se debía, en mi opinión, a la ilusión que presidió el inicio de la guerra. Como ha explicado E. Leed, entre los motivos más visibles de Agosto no sólo figuraba el inevitable rito purificador, sino la rebelión contra la uniformidad del lenguaje de la economía y la sumisión a sus leyes: “Fuga de lo moderno” lo llama. La fórmula, sin embargo, resulta insuficiente para incluir a los miembros de la vanguardia artística que no dudaron en empuñar las armas, incluso con entusiasmo, inicial al menos. Creían en el renacimiento efectivo de la política como la más benigna de las consecuencias de la guerra. En ese sentido, Agosto exigía la revisión de tópicos tales como la separación entre moral interpersonal y moral de Estado y todo ello con los ojos puestos en el *día después*, en el que ya no existirían secretos para un individuo civilizado.

Un caso paradigmático lo constituye E. Troelstch.<sup>4</sup> Una suave autodefensa por la campaña desatada en la prensa del adversario contra Alemania, le lleva a hablar, por supuesto cargado de ironía, de “el evangelio humanitario-democrático-civilizador”.<sup>5</sup> Es la moderación del personaje lo que llama mi atención, pues, se trata del mismo que ha intentado aclararse al distinguir entre “el hombre privado, el del Estado nacional y el del género humano”.<sup>6</sup> Auténtico logro de realismo terminológico, pero que sigue dejando intocada la tozudez propia de lo vivo. A pesar de la cuidadosa distinción, el segundo factor, en ese preciso momento, llevaba la delantera a los otros dos, de manera aplastante. Esto debería bastar para demostrar hasta qué punto el tenido por realismo político, continúa sin ser vacuna contra ciertas ingenuidades, y los avatares de la historia resultan ser más fuertes que cualquier voluntad de realidad. La cosa podía llegar tan lejos como para reivindicar el ejercicio de la individualidad verdadera, la *metafísica*, no la meramente social del individuo átomo, sólo gracias a la existencia de un Estado fuerte, mientras que Troeltsch se veía a sí mismo como partícipe en el “contraataque dirigido al individualismo de la Revolución y del Romanticismo”.<sup>7</sup> En el mismo sentido, Thomas Mann se permitía decir que en Alemania eran perfectamente compatibles el radicalismo artístico y el conservadurismo político y, como muestra, nada mejor que citar a Nietzsche.

También, al otro lado, Ernst Durkheim empleó el término individualismo, del que, por otra parte, ya se había ocupado profusamente en sus análisis del *suicidio anómico*. Cuando lo usa en tiempo de guerra es como indicio de la sensatez de los propios, frente al delirio de los oponentes, a los que no dudaría en incluir en una forma de “patología social”,<sup>8</sup> incapaces de reconocer siquiera lo que les hubiese convenido. Sus textos de la época son los de una propaganda teñida de erudición. Aun así, no evitaban que los adversarios ironizaran, e incluso se regodeasen, con la caricatura que se les asignaba: “[...] en parte porque somos más honestos que los otros, en parte

<sup>4</sup> He accedido a los escritos citados de E. Troeltsch a través del volumen en traducción italiana, a cargo de Fulvio Tessitore *La democrazia improvvisata*, Napoli, Guida editori, 1977, el cual comprende la traducción de *Spektator-Briefe, Aufsätze über die deutsche Revolution und die Weltpolitik* (Aalen scientia 1966, tr. it. de M. Ravà), más un apéndice, tr. it. A.R. Carcagni y A. Rapp. Las citas provienen todas del artículo “Morale privata e morale di stato”, traducción de *Deutscher Geist and Westeuropa*, 1925).

<sup>5</sup> Op cit. p. 322.

<sup>6</sup> Op. cit. p. 325.

<sup>7</sup> Op. cit. p. 326. El problema del Individualismo -y su paradójica oposición a Holismo- en Troeltsch, ha sido abordado por Louis Dumont en *Ensayos sobre el individualismo* “La libertad alemana según E. Troeltsch”, tr. es. de R. Tusón Calatayud, Alianza editorial, Madrid, 1987.

<sup>8</sup> Citado por Michel Dion en el *préface* de *Qui a voulu cette guerre?, les origines de la guerre après les documents diplomatiques*, documentos recogidos y comentados por E. Durkheim y Ernest Denis, Kimé, Paris, 1996.

porque somos políticamente menos educados” escribía Troeltsch.<sup>9</sup> Propaganda en ambos casos, sustentada en un caso sobre el humanismo y la profundidad del individuo; en el otro sobre el realismo y la sensatez políticos. A la larga no iba a importar que todos se acusasen de lo mismo y dijese queriendo lo mismo: la libertad de los pueblos, el fin de la diplomacia maniobrera, la suturación de las heridas dejadas por un siglo de industrialismo y luchas coloniales.

De vez en cuando, sin embargo, aparece algún elemento discoloreado que no se deja arrastrar por el torrente de palabras. Es cuando aflora algún otro motivo común: el etnocentrismo, por ejemplo. Nada menos que R. Rolland, uno de los grandes paladines del pacifismo, junto a J. Jaurès y S. Zweig, en *Au-dessus de la mêlée* no podía ser más cristalino y acusaba a “los tres grandes pueblos de Occidente, los guardianes de la civilización” de “encarnecerse en su ruina... apelando para que se devoren entre sí... a las hordas del universo... los bárbaros del polo y del ecuador, las almas y las pieles de todos los colores”.<sup>10</sup> El tono etnocéntrico tampoco faltará cuando Troeltsch denuncie la “hipocresía” del adversario, ni parece prestar especial atención al esfuerzo de ecuanimidad de Rolland: “no quieren consentir molestia alguna en sus ámbitos de influencia por parte de un floreciente estado alemán... destruyen la unidad nacional azuzando razas extranjeras”.<sup>11</sup>

Estos hombres creen sinceramente llegado el tiempo de superar la retórica, que durante siglos se creyó inseparable del ejercicio político. Si regresasen continuarían esgrimiendo su *realismo* genuino, que no necesariamente se apoyaba sobre el pesimismo y la nostalgia, sino que se presentaba como garantía de que el futuro no iba a ser un mero apéndice del pasado. No le falta perspicacia ni sentido histórico a Troeltsch cuando escribe:

De hecho, la época liberal de Europa ha sido una gran época, pero toca ya a su fin. Este es uno de los hechos que la guerra no sólo ha causado, sino que ha iluminado en todo su esplendor. Con ello no se ha destruido el ideal ético-liberal de la comunidad cultural de los pueblos, pero el Estado, sin duda alguna, ha entrado en primera línea con sus exigencias éticas y realistas [...] el grito que compenetra a Europa entera de un nuevo idealismo. El nuevo idealismo que, allá donde aparezca, se teñirá de modo fuertemente nacional y ético-estatal.<sup>12</sup>

Vemos, pues, lo que significan términos como “Realismo”, “Estado ético”, “alianza entre socialismo y nacionalismo”. Y es posible que lo último repugne, pero cuesta negar que no merezca el calificativo de “realista”. ¿O, acaso, la forma de superar el embrollo no pase por efectuar una crítica del *realismo* y del alcance que se le supone? O, por el contrario, al oír hablar de “exigencias éticas y realistas” no quepa sino mirar hacia otro lado, tal como normalmente se ha hecho en el siglo transcurrido, mientras se confía que el tiempo madure la fruta. Ni reconocer, siquiera, a aquellos hombres que ya habían vivido suficiente Modernidad para sospechar que la suma de libre mercado más democracia de masas, queda lejos de garantizar no digo ya un mínimo de progreso, sino la misma paz:

<sup>9</sup> Op. cit. p 322.

<sup>10</sup> [http://fr.wikisource.org/wiki/Au-dessus\\_de\\_la](http://fr.wikisource.org/wiki/Au-dessus_de_la)

<sup>11</sup> Op. cit. p 332.

<sup>12</sup> Op. cit. p 341.

El imperialismo moderno trabaja con medios democráticos y se inflama de estados de ánimo salvajemente excitados [...] El imperialismo moderno es fuertemente democrático y la democracia moderna se vuelca en imperialismo muy a su pesar y sin quererlo (...) exigencia que el imperialismo democrático de las potencias de la Cuádruple Alianza descorra el visillo de una democracia moral antiimperialista. Justamente aquí, se encuentra el motivo preciso y verdadero de la entera monstruosa hipocresía [...] Hoy se suele establecer con aumentada alegría que los sentimientos nacionales se han mostrado más fuertes que las teorías democráticas. Lo cierto es que la democracia, en gran parte a través de su propia dialéctica interna, hace nacer el nacionalismo y éste el imperialismo.<sup>13</sup>

Llegados a este punto, al comparar la crudeza del discurso en tiempo de guerra con la recuperación *edificante* en los tiempos de paz, no podemos sino, por una parte, dejarnos atrapar por el vértigo, al comprobar cuán poco cuentan las palabras, ni siquiera las más lúcidas o, de otra parte, la vejez de las mismas ante esta política de hechos consumados, que desprecian a aquéllas en tanto las acusan de llegar demasiado pronto o demasiado tarde. De ser, en definitiva, un recurso imaginario más, quizás el más ingenuo de todos, precisamente por haber puesto tanto empeño en no serlo. Entonces, quizás, nos afecte más el diálogo de los dos oficiales enemigos en *La gran ilusión* (J. Renoir, 1937). Sobre todo, porque, a pesar de la confusión reinante y de su propio distanciamiento, los franceses ejercen mejor de observadores interclasistas: “Todos moriríamos de las enfermedades de nuestra clase, si la guerra no hubiese conciliado a todos con sus microbios”, dice uno de ellos, el judío —no es casualidad— Rosenthal (Marcel Dalio). Frente a esta ironía, los lamentos del alemán son chatos, impregnados de un lamentable sentido (a)histórico, además de un clasismo trasnochado:

**Boeldieu (Pierre Fresnay):** *Creo que ni Ud ni yo podemos hacer nada para que el tiempo se detenga.*

**Rauffstein (Erich von Stroheim):** *Boeldiu, no sé quién ganará esta guerra, pero al final, acabe como acabe, será el fin de los Rauffstein y los Boeldieu.*

**Boeldieu:** *Quizás.*

**Rauffstein:** *¿Y no le parece que es una pena?*

**Boeldieu:** *Puede que ya no nos necesiten.*

Con todo no hay que esperar a las grandes síntesis del imaginario artístico para alcanzar un grado tal de lucidez, aunque, quizás, las provenientes de la no ficción quedasen un punto por detrás en cuanto a la ironía se refiere. He elegido tres ejemplos que son fragmentos de textos íntimos, destinados al diario o a la correspondencia personal, aunque los tres hayan acabado en publicación reciente. A pesar de su procedencia “en caliente” los tres manifiestan (excepto uno, quizás, parcialmente) una clarividencia y desapasionamiento dignos de eruditos, propio de jueces a distancia de décadas. Nada que ver con la propaganda más o menos patrioter. Veamos en primer lugar al pediatra Gino Frontali, el de mayor formación académica, el más en contacto con las ideas políticas (socialismo)

<sup>13</sup> Op. cit. p. 342.

y estéticas (futurismo) en circulación:

Yo a un lado, fuera de la muchedumbre soliviantada que, con todo, me empujaba, no me sentía suficientemente rebaño para unir mi voz a la del coro, ni lo bastante representativo para alzarla *en solitario*. Con todo, en mi intimidad, quería, invocaba la guerra.

¿Pero cómo? Yo, que interesado solamente en las polémicas del espíritu, abominaba de cualquier competición violenta, que veía en la guerra una selección al revés en que los mejores se destruyen, que había vivido en el esfuerzo constante de superar los prejuicios de raza, que no sabía otorgar un significado a la palabra patria, ¡era precisamente yo quien deseaba la guerra!

Frontali era hombre de ideas, atento a los debates de su tiempo y no se le escapaba el giro espectacular del curso de los acontecimientos o, si se quiere, el despeje de la incógnita que había tenido en vilo al socialismo desde su misma formulación tanto moderna como “científica”: si podría superar coherentemente su apuesta internacionalista, si superaría la sinceridad de la misma:

Hace menos de un año, al producirse la declaración de guerra de Alemania contra Francia, esperé con malicioso deseo el levantamiento de la internacional obrera, imaginé más acá y más allá de las fronteras a ejércitos de huelguistas con los brazos cruzados. Si el socialismo hubiese sido una fuerza internacional tendría que haber respondido con prontitud a aquella prueba. Para no destruir a la civilización europea, tendrían que haberse dejado fusilar en masa todos aquellos que querían la paz a cualquier precio. Pero dejaron pasar la hora de su heroísmo. Quizás tuviesen buenas razones. El proletariado estaba menos organizado para los intereses internacionales que para los nacionales. La cooperación con los capitalistas de la industria nacional era más potente que la solidaridad platónica que tendría que haber unido a los proletarios de todos los países. El socialismo había fallado en la prueba suprema.

Frontali no es ningún exaltado. Es más frente a sus compañeros —germanófilo uno, *oportunista* (¡la guerra gran ocasión para Italia!) el otro, pacifista el tercero— cree haberse reservado un lugar en la tribuna de la sensatez:

Sentía confusamente que la causa de los aliados contra los imperios centrales comportaba un concepto de la vida, de las libertades individuales, de la forma de gobierno, de las relaciones internacionales, que convergía con mis sentimientos y con los que atribuía a mis connacionales.

Y, sin embargo, su posición, retórica o ideológica, no lo hace en absoluto menos vulnerable ante el momento decisivo, menos apasionado, aunque existan razones para pensar que esto sucediese *a su pesar*:

Ya que no se había sabido evitar la guerra, que era una realidad odiosa, era preciso obtener de ella el mayor provecho para la civilización europea. Intuía vagamente que esta conflagración habría acelerado el

ritmo de la vida europea, apremiado la evolución de los pueblos, que habría resultado mucho más revolucionaria que la acción socialista.

Poco a poco, pues, sin necesidad alguna de ningún arrebató de entusiasmo, sino como evolución fluida desde el rol hegemónico de hombre sensato, Frontali recalca en las filas del interventismo, hasta emprenderla contra la *vergognosa neutralità* y sin dejar de ceder al mito de la “Guerra que iba a acabar con todas las guerras”: “Pero este ejército había sido llamado a una misión, a la postre, antimilitarista”.<sup>14</sup>

Desde luego ni estas ilusiones, ni estas compensaciones hicieron mella en el soldado de segunda clase, distribuidor de bebidas en la vida civil, Henri Aimé Gauthé, que en su diario escribía:

He ahí lo que grita esta puta guerra: quien me sostiene es un ingenuo que cree que las palabras esconden ideas, que las ideas harán la felicidad, y que no ha visto, tras el muro formidable que son los discursos, las proclamas, los cumplidos y la censura, las bacanales consentidas por su abnegación.<sup>15</sup>

Podría pensarse que resulta imposible superar este grado de realismo. Y, sin embargo, aún es posible otra vuelta a la tuerca: la que lleva al ajuste con el pragmatismo y un punto de cinismo. Este papel podría corresponderle al judío Henry Lange, que, el 5 de Octubre de 1917, menos de un año antes de caer (10-IX-1918) a los 20 años, después de haber solicitado a sus superiores una mayor exposición al peligro (actitud que dota de una coherencia sobrecogedora lo que vamos a leer), dice de sí mismo:

Cuando se es francés de fecha reciente y, sobre todo, cuando se forma parte de esa raza judía despreciada y oprimida, uno ha de cumplir con su deber mejor que nadie.

Para concluir con este curioso mezcladillo de razones:

[...] bien sé que algunos meses después de la firma de la paz, nadie diferenciará a los que han combatido de aquellos que se han quedado en casa [...] por otra parte, esto no tiene importancia alguna: actúo egoístamente por mí, por vosotros y por el ideal.<sup>16</sup>

Ésta, probablemente, y no otra, fuese la gran lección: la gran derrota que esperaba a todos los *imaginarios* puestos al servicio de una u otra ideología: su *inutilidad*. La postguerra iba a encargarse de exhibir su extrema fragilidad, sin perdonar aquellos casos en que mayor había sido el compromiso con la individualidad, la parcialidad, el interés, incluso con cierto espíritu *canaille*, como auténticos referentes heurísticos. Croce, por ejemplo, que hablaba ya en pasado de sus sucesivas simpatías por Marx y por Sorel (*il mio venerato amico*), iba un paso más allá

<sup>14</sup> G. Frontali, *La prima estate di guerra*, introducción de Mario Isnenghi, Il Mulino, Bologna, 1998.

<sup>15</sup> *Paroles de poilus, lettres et carnets du front 1914-18*, bajo la dirección de Jean Guéno y Yves Laplume, Libro, Radio France, 1998, p. 14.

<sup>16</sup> Op. cit., p. 17.

para decir:

Por eso, valoro de manera muy distinta de como lo han hecho los socialistas italianos, el acto llevado a cabo por los socialistas de Alemania; y creo que los socialistas alemanes que se han sentido uno con el estado alemán y su disciplina férrea, serán los verdaderos promotores del futuro de su clase.<sup>17</sup>

Este texto es, simultáneamente, ingenuo y perspicaz, o mejor: es tanto una cosa cuanto la otra. Si entendemos que el cursillo de realismo, que ha incluido como asignaturas a los autores citados, Marx y Sorel, conduce, al final, a la aceptación del hecho *nacional*, no puede negarse que el tiempo no le haya dado la razón, reiteradamente, además. ¡Cuántas las razones de ridículo, la digestión de marrones, cada vez que los pacatos socialistas se han encontrado con la disyuntiva: la Nación o el Imperio! Tantas que sobran los ejemplos, como sobran las exquisiteces argumentativas, cuya suerte, pasado cierto tiempo, consistiría en que nadie las recordase, pues eran flor de un día, cuya primera agradable impresión olfativa, iba seguida de otra táctil espinosa. Ahora bien, está por ver que una realidad tan *prosaica* como aquella con la que hemos sido obsequiados en el último siglo de máscaras y conversiones —y si en este momento no soy más irónico es porque no sé— el texto la anticipe. No sé dónde irían a parar en caso afirmativo, las aseveraciones de su autor a favor del concepto de *Fuerza* (incluida la *fuerza moral*, por supuesto) para entender los fenómenos políticos, además de los bélicos, claro. Y aún sería más exagerado, estar levantando acta del camino emprendido en dirección a algo tan utópico a la postre como el *nacional* socialismo. Ahora bien, no es menos cierto que uno y otro destino son posibles. Y si esto demuestra algo es no sólo la posibilidad de prescindir de Rauffstein o Boeldieu, sino también de todos aquellos que un día depositaron en las palabras sus esperanzas. Aunque tampoco sea menor el vértigo que nos asalta al releer aquellos textos íntimos de quienes pusieron todo el empeño en tomarle el pulso a un momento histórico verdaderamente excepcional.

<sup>17</sup> B. Croce, "Cultura tedesca e politica italiana", publicado en *Italia nostra* el 27-XII-1914, y hoy en la ya citada: *L'Italia del 1914 al 1918, pagine sulla guerra*, p. 24.